

Bolívar y sus vueltas del siglo (y del mundo)

Rolando Cordera Campos

Conocí a Bolívar Echeverría bajo el fragor del movimiento estudiantil de 1968. Luego, en los años duros que siguieron al dos de octubre, pude beneficiarme de la reflexión pausada y profunda a que se dieron Carlos Pereyra (Tuti) y Bolívar en busca de una explicación que fuese más allá de la improvisación y la premura con que solía hacerse en el movimiento y lo que quedaba de él después de la represión y el encarcelamiento masivo de profesores y estudiantes. Entonces, la Universidad y el Politécnico empezaron a vivir años terribles de cerco y acoso estatal, de corrosión del movimiento por su forzado aislamiento y, así lo quería el Estado, de desnaturalización de fines, discurso y medios para la acción de una política que no tenía futuro fuera del cauce liberador democrático que en su marcha habían trazado con valor y audacia los estudiantes y sus dirigentes.

Tuti y Bolívar, siempre acompañados y provocados por la interlocución brillante de Adolfo Sánchez Rebolledo, constituían para mí y otros compañeros y amigos involucrados en lo que entendíamos como una resistencia obligada y centrada en la exigencia de libertad para los presos políticos, un momento y un espacio privilegiados desde los cuales poder plantearnos no sólo la comprensión racional de la barbarie, sino más que nada la construcción de un discurso y una mirada política alternativos al espontaneísmo reinante y a la repetición ago-

tadora de “verdades” consagradas por un marxismo gastado y monocorde.

Mi interés por el marxismo enriquecido por la teoría crítica de Adorno, Horkheimer, Benjamin o Marcuse y convertido en estimulante retórica política por los estudiantes del SDS berlineses y su extraordinario líder Rudi Dutschke, se había despertado en los taciturnos recintos de LSE cuando la criminal invasión americana de Vietnam reclamaba de interpretaciones más globales y estructurales que las acostumbradas, adosadas a un marxismo supuestamente ortodoxo o a un tercermundismo abrumado por los ecos y autocomplacencias de procesos y luchas armadas autolimitativas. Esta incursión tomó velocidad y altura de cruce luego de un breve paso por Berlín en ocasión del “congreso antiimperialista” convocado por el SDS y de una alucinante marcha por sus calles encabezada por Rudi y una descubierta de grandes retratos de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Ho Chi Minh y el Ché.

Aquella fue para mí una experiencia vital e imperecedera, pero que no encontraba fácil acomodo en el México post-68. La conversación con Bolívar, amigo de Dutschke y asiduo estudioso de un Marx un tanto desconocido en estos trópicos, fue un acicate y un lujo cotidiano que aspiró a una concreción política e intelectual progresiva en los intentos de periodismo proletario y



Bolívar Echeverría con el doctor José Narro en la ceremonia de entrega de los emeritazgos otorgados por la Universidad Nacional Autónoma de México



revolucionario en *Punto Crítico* y en los empeños de actualización teórica de nuestra política izquierdista apenas naciente, gracias a la generosidad de Neus Espresate y la editorial Era, que hicieron posible la publicación sostenida de *Cuadernos Políticos*.

Junto con el suplemento de *Siempre!*, “La Cultura en México”, dirigido entonces por Carlos Monsiváis, *Cuadernos* fue un vehículo de privilegio para explorar los territorios de la reforma capitalista y del capitalismo, del nacionalismo autoritario y sus límites y alcances, así como las perspectivas que en el país tenía o podría tener una marcha larga, pero sostenida y efectiva, por las libertades políticas hacia una democracia creíble, cuando no plena. Para nosotros, desde luego para Bolívar, debía tratarse de una democracia que encarara la cuestión social y asumiera la liberación de las fuerzas del trabajo, en particular la democracia sindical, en las que hacíamos depender la posibilidad no sólo de la democracia sino de su profundización.

De aquí nuestra relación con Rafael Galván y sus electricistas democráticos, el intercambio agudo, siempre complejo, sobre el nacionalismo revolucionario, hasta llegar a las versiones y “nacionalizaciones” de Gramsci que don Rafael por su lado y Tuti por el suyo pusieron a nuestra disposición, junto con la duda sistemática, exigente a la vez que provocativa, del marxismo profundo de Bolívar.

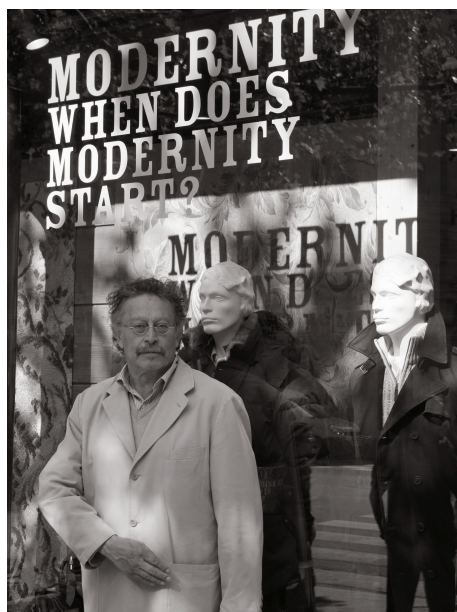
Para Bolívar, el cultivo de Marx, su estudio y glosa, implicaba siempre el reto de su desarrollo y la imperiosa necesidad de su actualización. Después de todo, aquellos fueron los años del golpe criminal contra Salvador Allende y la instauración de una dictadura asesina que, al igual que la argentina, buscaba la imposición de un “nuevo” régimen sostenido en la fuerza y la eliminación sistemática de la libertad. El fascismo, como ruta y finalidad, dejaba de ser eslogan o remembranza y la dependencia dejaba ver su faceta más nefasta.

La teorización de esta relación fundadora, estimulada por el entrañable exilio latinoamericano que enriqueció a México, derivaba sin más en la política y sus po-

sibilidades efectivas en medio de la violencia desatada para refundar los capitalismo, mientras que el marxismo reclamaba de visiones y revisiones a las que Bolívar se abocó con asiduidad en el Seminario de *El capital* en la Facultad de Economía y luego en la de Filosofía, en creativo diálogo con don Adolfo Sánchez Vázquez y, desde luego, con su gran amigo Carlos Pereyra, quien transitaba del marxismo cuadrículado de Althusser al fresco mural de política y cultura, y sobre todo democracia, que Gramsci había esbozado y entonces descubríamos con entusiasmo.

Aquellos años fueron también los de los primeros *shocks* petroleros y de un renovado tercermundismo que no dejaban ver con claridad las evoluciones tumultuosas de un capitalismo estancado y sometido a la inflación (la *estanflación*) que, sin embargo, poco después desembocaría en la “revolución de los ricos” encabezada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Viviríamos así la ilusa entronización del pensamiento único, el embate contra la gran narrativa y una pretendida “solución final” del movimiento social y las teorías revolucionarias y reformadoras mediante la preeminencia del “éxito empresarial, el autodomínio personal y la autosatisfacción narcisista” como lo describiera Bolívar en su discurso al ser nombrado Profesor Emérito de la UNAM.

Frente a toda esta portentosa convulsión, coronada después por el desplome de la URSS y el fin de la bipolaridad que anunciarían el carnaval de la globalización neoliberal, la *naturalización* de la economía mundial y la imposición del neoliberalismo como trayecto indiscutible hacia el fin de la historia, Bolívar esgrime una crítica sistemática de la modernidad que podríamos llamar tardía, como solía referirse al capitalismo en coincidencia con algunos desarrollos teóricos germanos. Una crítica a fondo de la modernidad capitalista, que tendría como punto de partida la propia modernidad siempre cambiante y nunca, por definición, sometida a cartabones o fútiles juegos de palabras, como el de una posmodernidad que pretende sofocar toda pretensión de validez de la racionalidad histórica y desechar por ana-



crónico cualquier relato mayor, cuyo esbozo es indispensable para una crítica racional, con pretensiones transformadoras, históricas, del capitalismo.

En este plano, como lo muestran sus aportaciones recientes sobre la modernidad y su americanización, sus ensayos fundamentales en *Vuelta de siglo* o sus notables traducciones e introducciones de Benjamin o Adorno, Bolívar lleva su pedagogía crítica a proposiciones de alta tensión. A la vez que pone al día su fuentes primigenias, abre paso a formas renovadoras de un pensamiento radical que, para serlo, tiene que despojarse del encanto de la moda y del estar al día, así como de la tentación de conformar y confirmar una visión del mundo cristalizada y codificada, así fuera por el Marx más audaz y profético. Su célebre “modernidad barroca” y su examen del mestizaje o la etnicidad, así como del papel de la cultura en las múltiples vueltas de tuerca del capitalismo global, recogen esta búsqueda de una crítica consistente a la vez que eficaz, a la altura de los vuelcos planetarios de la actualidad.

Imperturbable en su racionalidad bien cultivada y pertrechada por el estudio incansable entendido como vocación y modo de vida, Bolívar fue un izquierdista que hacía de su radicalidad un manantial renovable de su propia renovación como pensador de la vida, de la política y de una modernidad cuyo despliegue “americanizador” no podía sino llevar a la devastación social y natural. Su izquierdismo no se tradujo en miopía ni en alejamiento de la política de lo real, en la que siempre buscó tomar el partido de las mayorías trabajadoras y empobrecidas y despojadas por esa modernidad que en nuestras tierras no podía, para sobrevivir, más que agenciarse de una legalidad “disfrazada”, enmascarada, clandestina llegó a decir, que encuentra su clímax, hasta ahora, en el narcotráfico y otras formas del crimen organizado.

La modernidad barroca no tiene aquí destino alguno, porque su capacidad de mediación y alivio frente a la irrupción de la primera modernidad capitalista está definitivamente agotada y despojada de contenido sustancial. De aquí el valor de la oposición radical, de la rebelión, contra esta modernidad para encontrar los venenos de una modernidad distinta, “liberada de su hipoteca capitalista”, capaz de sustentar las formas de vida heredadas de la resistencia secular y las que la propia modernidad capitalista desbordada ha dejado vivir.

Desde esta perspectiva veía Bolívar el 68, aquel fulgurante momento de fusión y descubrimiento generacional y político, que en gran medida fue el cemento de su entrañable relación con México y su cultura, sus alumnos y seguidores, así como con nosotros, sus amigos e interlocutores en la generosa conversación sobre el mundo y “la vuelta de siglo” que nos legó:

Creo que la gran aportación del 68 mexicano a la política está en la actitud de rebelión que inauguró, y que en nuestros días se vuelca contra el dogma establecido, respetado hoy en día en todo el mundo, según el cual una sociedad no puede ser moderna si no es capitalista. ¿Es posible una sociedad moderna y al mismo tiempo no capitalista? Esto es quizás a lo que apuntaban los jóvenes del 68, saltando por encima de este periodo de la llamada “reconstrucción de la democracia” en México. Y la posibilidad de decir “¡no!” al conjunto del sistema, de no acomodarse dentro del destino capitalista de la modernidad, es una posibilidad actual. La enseñanza del 68 es la de que es posible decir un “¡no!” de resistencia incluso allí donde todo implica que no decir “¡sí!” es una locura.

Tiempo nublado éste en que Bolívar nos deja. Su pensar sin descanso ni concesiones quedará con nosotros para iluminar las nuevas alamedas.